

ALL THAT REMAINS

James Swallow

Forgotten by the war, a handful of wounded Imperial Army troopers find a new purpose



LA HEREJÍA DE HORUS

TODO LO QUE QUEDA

JAMES SWALLOW



Titivillus



Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales

RUAFE HECANE	Ciudadano de Nomeah
DALLOS	Jugador de cartas
BRENG	Piloto naval
LOMUND	Antiguo oficial
YAO	Soldado imperial
CHENEC	Soldado imperial
ZARTINE	Niño exposito

Caballero Gris

MARINE ESPACIAL	Caballero errante

La cubierta inclinada bajo mis pies, hacía que caminara como un cangrejo, un pie en lo que solía ser el suelo, otro en lo que era la pared del lado de estribor. La gravedad se había convertido en algo inusual, extendiendo este extraño patrón a lo largo de todos los corredores de la nave.

Tal vez un fallo de funcionamiento de un algún extraño artefacto. No sabía lo suficiente para afirmarlo. No es en ese aspecto donde radica mi experiencia, pero si lo hubiera podido ver, me imaginaría que la gravedad era como montañas de nieve en polvo amontonadas en las esquinas impares de la nave. Nieve como la que había en mi casa, en Nomeah, antes de que se fundiera y llegara el final.

Descarte ese pensamiento y seguí avanzando usando las lámparas de las paredes como asidero, pero teniendo cuidado primero en no romper cualquier electrovela con la culata de mi fusil láser. Los demás mantenían el ritmo tras de mí, podía escucharles a todos ellos, mientras respiraban el frío y pesado aire. No necesitaba ver el color del aura alrededor de sus cabezas para saber que animo tenían, era igual que él mío, rojo de ira y negro de terror.

Sin iluminación interior en la nave, la única manera de guiarse era el hosco resplandor de la cámara situada en el extremo opuesto del pasillo. Largas sombras, oscuras e insondables, llegaron hasta nosotros. Me sentí como si fuera una cosa parasitaría, arrastrándose hasta la garganta de un animal muerto, un diminuto aperitivo para una boca abierta llena de colmillos.

El ruido del metal retorciéndose nos envolvía mientras la estructura de la nave se tensaba y se relajaba continuamente. Yo no había nacido en el espacio, pero había viajado muchas veces en naves espaciales y sabía que eso sonaba mal. Era el sonido de algo tensado hasta el punto de ruptura. Algo que iba a morir.

La idea me fatigó y me pare a descansar. Me sentía pesado y húmedo, como si me hubiera arrastrado por agua helada; uniforme, capote, mochila, todo el equipo. El reborde de una escotilla atascada me sirvió como una interrupción momentánea y los demás lo aceptaron de buena gana.

Dallos se sentó cerca de mí e inmediatamente saco su baraja, pasando sus largos dedos sobre ella. Barajo las gastadas cartas de plastipapel con la destreza mecánica de un tahúr. Las cartas estaban viejas y desgastadas por el continuo uso. Pude

distinguir débilmente los números y las geométricas formas abstractas de los trajes de las figuras.

—Cuatro de Esmeraldas —murmuró, sin darse cuenta—. Dos de Martillos.

El rostro de Dallos estaba medio oculto bajo una máscara de vendajes sucios. Hasta donde yo sabía, un monstruo lo había quemado. La lluvia de fuego lanzada por el monstruo había pasado cerca de su unidad, lo suficiente para abrasar al resto de los hombres de su unidad de morteros, pero no lo bastante como para matarle a él. Lo que pude ver de la cara de Dallos era rosa como sus manos, allí donde las llamas le habían quemado, tan crudo y brillante como su aura.

La verdad es que ninguno del grupo, podía ser considerado como apto para el servicio. Creo que incluso el más generoso de los observadores solo nos habría considerado como una colección de almas en pena o afligidas. Seis hombres, vestidos con uniformes del gran ejército Imperial, una pobre representación de la sufrida, maltrecha, sangrante y fatigada infantería, reunidas de media docena dediferentes batallones en toda la línea del frente, durante la insurrección. Fuimos carne de cañón, los hijos de muchos mundos, molidos por la inexorable maquinaria

de esta nueva guerra. Creo que todos teníamos diferentes insignias de rango y especialidad, pero la memoria me falla. En la nave no importaba. Nadie estaba al frente, no existía una cadena de mando. Simplemente, estábamos. Cualquier intento de conservar los saludos o que las órdenes se cumplieran parecía un sinsentido. Un montón de cosas no tenían sentido después de los horrores que habíamos presenciado.

Sin embargo, sobrevivimos. Yo había perdido los dedos de una mano durante la lucha, de mi mano izquierda, así que, de alguna manera, me consideraba afortunado. Llevaba metralla en mi torso y en el muslo. Las esquirlas estaban aún dentro de mí, las sentía como agujas clavándose con cada paso que daba. Pero esos dolores eran lo que me mantenía despierto. Breng, con su piel color ébano barnizado, muestra el fruncimiento y la escarificación propias de una víctima de un ataque con gas. Para él, hablar era una agonía, su garganta era una ruina, por lo que se comunicaba con inclinaciones de cabeza y miradas huecas. Supongo que antes de que lo de LoMund hubiera sido oficial, cuando eso era algo que todavía importaba. Eso tal vez explicaría el largo pelo blanco y el corte regio de su rostro. Sin embargo

esa parte de él se había roto. Había sufrido un corte salvaje en el vientre y sus entrañas cayeron sobre el barro, solo se salvó porque el pánico ciego y la adrenalina le hicieron recogerlas entre sus manos durante el tiempo necesario para llegar tambaleándose a zona segura. Chenec y Yao, de piel amarillenta y ojos entornados, ambos del mismo mundo, habían estado muy cerca de la muerte por las heridas de garras y el fuego de un Stubber.

Éramos un pequeño grupo de heridos que aun podían caminar. No había visto a un solo hombre sano, todos éramos hombres, no había mujeres a bordo, desde que desembarcamos en esta nave desde una pequeña nave de rescate procedente de Nomeah. Lo más cercano a alguien sano eran los servidores medicae lobotomizados, merodeaban por las cubiertas atendiendo a los heridos. Si había médicos o cirujanos de verdad a bordo, no se habían preocupado en dirigir su atención hacia nosotros.

Nosotros éramos pocos, pero lo que más llamó mi atención es que en la nave había más personas. Las bodegas estaban llenas de niños. Niños refugiados, procedentes de familias muertas o perdidas, o de las scholas bombardeadas. Docenas de huérfanos de guerra. A veces escuchábamos su llanto mientras llamaban a sus padres, esperando en vano una respuesta. Esto me ofuscaba, me quemaba por dentro, porque, en cierto modo, tenía que admitir que yo estaba tan perdido como ellos.

Esta nave formaba parte de un grupo mayor, o al menos eso creía yo. En realidad no me había acercado a ningún portillo de observación desde que saltamos a la locura aullante de la disformidad, huyendo de la traición del hijo de puta (literal en el original) del Señor de la Guerra. Si había otras naves por ahí, no lo sabía. Al principio unas cañoneras iban escoltando a las naves de transporte cargadas de heridos hasta los topes, nuestro patético convoy fue deteniéndose aquí y allí recogiendo contingentes de heridos. Había oído que algunas naves llevaban marines espaciales heridos. ¿Era posible tal cosa? me pregunté. Parecería imposible el pensar que alguno de los campeones inmortales del Imperio, pudiera sufrir algo tan mundano como una simple herida.

Así que, con el tiempo, ninguno de nosotros tuvo la menor idea de donde estábamos ni a qué punto del compás Aetherico nos dirigíamos. La única constante era el eco de los gemidos de los moribundos, a través de las cavernosas salas,

mientras luchaban en sueños con sus pesadillas. Eso…y el ruido de los motores. Después de un tiempo empecé a notar patrones en su sonido. Eso se me daba bien.

Puedo ver cosas.

No hablo mucho de ello ya que se puede atemorizar a un alma incauta o encolerizarles. A la gente no le gustan las cosas que no puede entender y lo primero que suelen hacer es reaccionar con furia. En las filas del ejército Imperial la violencia puede venir por un cuchillo o por un arma láser, debido a lo cual, lo mejor que puede hacer un hombre es esquivarla, no buscarla.

En las naves como está el patrón suele ser similar, siempre hay una mezcla de heridos, desde aquellos que agonizaban y hubiera sido mejor darles las paz del Emperador a los que son poco más que vegetales. Sin embargo en este navío no era así. Todos los heridos que vi aquí, podrían, si se les daba la atención necesaria, volver a la línea del frente. En todo el trayecto a través del laberintico interior de la misma, no había ni uno solo, que no podría haber sanado para luchar otro día. Los más graves o con menos posibilidades de sobrevivir, habían sido trasladados cuando atracamos o nos encontramos con otros buques medicae en el espacio profundo. Los que los reemplazaron tenían caras que me resultaban familiares.

Se podía ver en sus ojos. Dallos, LoMund y todos los demás, todos aquellos que nos encontramos en el camino, vi la misma mirada, como si me mirase en un espejo. No solo era la típica mirada de los «mil metros» de todo soldado, no, no era solo eso. Había una carga compartida de la que ninguno de nosotros podía hablar, porque todos nos habíamos pasado la vida negándolo. Ocultándolo.

—Se… Seis de Cruces —tartamudeó Dallos, las cartas eran un borrón en sus manos—. As. El as de los Da… dagas. Las otras naves se han ido.

Habíamos estado subiendo durante la mayor parte del día, por encima de los niveles medios del buque, en los que la protección contra la radiación era más pesada e inamovible. Las cubiertas inferiores, los espacios de ingeniería, no estaban conectadas a las salas médicas y no había razones para intentar llegar a ellas. Éramos pocos y aquellos de nosotros que teníamos algunos conocimientos

mecánicos, estábamos muy lejos de ser ingenieros. Breng, un experto piloto naval, era lo más aproximado que teníamos en el grupo a un técnico.

Parecía mucho más lógico dirigir la búsqueda a los niveles superiores, el puente de mando. Al principio yo insistí en ir a otros compartimentos y buscar a los niños, para intentar darles algo de ánimo y valor… pero había poco sentido en ello. No teníamos ninguno de sobra.

Recuerdo que antes hablé del sonido constante del gemido de los motores. El día antes me había despertado de un sueño irregular lleno de oníricos colores, a la realidad del silencio de los motores de la disformidad. Sin ninguna explicación estábamos nuevamente en el espacio real y a la deriva. Los fallos de funcionamiento y las averías llegaron poco después. Deficiencias en la energía provocaron caídas bruscas de la iluminación y la temperatura, oleadas de escarcha se arrastraron por la nave. El aire se sentía viciado, sucio y empeoraba. Más grave fueron las escotillas y puertas, que cayeron como grandes hojas de guillotina a través de los pasillos, sellando secciones de la nave sin previo aviso.

Nada sugería una colisión o el impacto de armas enemigas. Al cabo de unas horas, mientras aún estábamos con vida y los corredores no estaban ya llenos de reptantes xenos sedientos de sangre, de traidores asesinos o… de otras cosas, trazamos planes para investigar que sucedía.

Vi los patrones, pero no había visto ninguna señal de que estos se formaran. Por eso me ofrecí, por eso y el simple hecho de que aun podía sostener un arma. Unos cuantos habíamos logrado apoderarnos de las armas de un arsenal de emergencia, armas a las que nos aferramos como a talismanes de protección. Si el enemigo estaba ahí fuera no sabía que uso real podríamos darlas, pero al menos, eran una reconfortante ilusión de fuerza.

Recordé como las calles de Nomeah se tiñeron de rojo. Recordé a los gigantes que masacraban a aquellos que se atrevían a levantarse o a los que no huyeron lo suficientemente rápido. Recordé los horrores, pero solo como un difuminado de

carne, garras y sangre, como si en mi mente se hubiera emborronado los hechos en lugar de verlos con claridad.

Bajé la mirada a mi mano sin dedos, el eco del crudo dolor estaba ahí, gélido y agudo.

—¿Hecane? —habló Yao, finalmente—. ¿Nos estamos moviendo? —hizo un gesto hacia la tenue luz frente a nosotros mientras se dirigía a mí.

Asentí con la cabeza. —Seguimos avanzando.

[redacted]

Sé qué tipo de guerra es esta.

He luchado en una docena de mundos del racimo Akarli e incluso más allá, he luchado en desiertos y en los océanos, en los confines de las nubes y en lo alto de las montañas, pero Nomeah era mi hogar. Y parecía que siempre regresábamos a él. Nos denominaron chusma áspera y brutal, con razón. Continúas luchas internas, cada una de las tribus alimentando el rencor hacia las otras, como si de un hijo se tratara.

¿Qué se puede decir del pueblo Nomeah? Que sabemos cómo odiar. Que podemos encontrar insultante un ramo de rosas. Esa era la verdad.

Pero también era cierto que amábamos a nuestro Emperador y que estábamos muy orgullosos de nuestro Imperio. Tal vez por eso nuestras insignificantes diferencias eran toleradas por los burócratas de Terra, nos dejaron que siguiéramos matándonos en nuestras pequeñas rivalidades porque sabían que cuando llegara la llamada todos tomaríamos las armas y marcharíamos sin dudarlo. Todas las enemistades olvidadas en nombre del Emperador. Nuestra belicosa naturaleza hace de nosotros buenos soldados. Podía recordar al menos una docena de mundos conquistados por regimientos creados en el sector de Akarli. Cumplimos con nuestro trabajo en la Gran Cruzada, eso nunca estuvo en cuestión.

En los últimos tiempos comenzamos a volver a casa para seguir luchando entre nosotros una vez más, pero nunca de modo que supusiera un problema más allá de

nuestras propias fronteras. Luego vino el cambio, la rebelión, la insurrección, la herejía, como algunos de los más histriónicos la denominaron. Muchos no lo entendieron cuando comenzó y poco después estaban muertos. Pero yo lo entendí. Vi los patrones. Sé lo que es la traición nada más verla.

Corre como la savia por las venas de esta guerra. Es lo que alimenta la voluntad de los traidores y de los hombres que estúpidamente creen marchar por los bordes del manto del bastardo de Horus.

Esta guerra no se inició. No es una revolución contra el yugo de un régimen opresor. ¿Botín o territorios? Esos solo son objetivos pasajeros. No, a lo que nos enfrentamos aquí, es a la traición por la traición. Creo que ya lo sabía cuando empezó pero ahora tengo las palabras para expresar esa idea. Ahora, cuando he tenido tanto tiempo para pensar en ello.

Horus, que mil muertes padezca, es la definición misma de traidor. La evolución más pura de esa idea manifestada. Es un hijo que odia a su padre, un ciudadano que traiciona a su estado, un patriota que quema su bandera, un comandante que mata a sus soldados. A pesar de sus orígenes, de haber sido creado con la más perfecta ingeniería genética, Horus es un humano sacrificando a la humanidad. Es el peor de todos nosotros.

Esto lo sé, no porque haya visto al Señor de la Guerra, ni hablado con él, ni nada de eso. Lo sé porque he visto con mis propios ojos los horrores que, en su nombre, ha convocado en la batalla.

Y que el destino me lleve, porque en mis sueños, he llegado a estar en el borde del abismo en ruinas donde nos quiere sumergir.

Tal vez un día más tarde, llegamos a los niveles de mando. Muchos corredores estaban sellados por gruesas compuertas abatidas, algunas tenían portillos de observación de grueso cristal, a través de ellas vi cadáveres hinchados por el vacio a la deriva en gravedad cero. Más fallos del soporte de vida, más mala suerte, todos muertos, jóvenes y viejos por igual.

—No he sobrevivido todo este tiempo para morir ahora a causa del fallo de unas máquinas ensangrentadas. Aún no ha terminado mi buena fortuna —dijo Chenec con voz rasposa mientras acariciaba una cadena que habitualmente llevaba en su muñeca, una simple sarta de viejas cuentas metálicas. Creo que él podía entender algo en la forma en la que se sacudieron, pero si así era, Chenec no dijo nada al respecto.

Yo le iba a contestar, pero vi como LoMund y Breng tomaron sus armas. Un instante después, oímos el sonido de pasos que se acercaban.

Escuche atentamente. Se aprende rápido cuando los horrores están entre nosotros. Uno aprende a escuchar el roce de las garras y el arrastrar de los huesos. Esto era solo el ruido de botas contra planchas de metal, pero yo no creía que fuera casual. He visto cosas que a simple vista parecían hombres, pero sus auras les delataba como monstruos que solo las pesadillas de un loco podrían imaginar.

Un joven tambaleante dobló la esquina, casi le pego un tiro por su temeridad. Se llevó tal susto que al vernos casi se ensucio los pantalones.

—¡No disparen! —exclamó. Era apenas un adolescente, sucio y con la cabeza afeitada. —¿Quién eres? —exigió LoMund, apuntándole con su pistola láser—. ¡Habla!

Lo hizo, derrumbándose y balbuceando a la vez. Nos dijo que su nombre era Zartine, un niño expósito de un orfanato de la ciudad del mundo de Zofor, lo suficientemente audaz como para deslizarse fuera de las salas inferiores para explorar la nave, cosa que ahora lamentaba. Estaba completamente aterrorizado, no solo por nuestra causa. Podía ver su aura, de un parpadeante naranja,totalmente fuera de control. Le ayudé a levantarse.

—Cálmate, muchacho. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sabes lo que pasó con la nave?

—¡Lo sé! —respondió Zartine—. Es bastante peor de lo que piensas. Ellos están aquí ¿acaso, no lo ves, no puedes oírlos? —grito, mientras sus engarfiadas manos agitaban el aire—. ¡Marines Espaciales!

Breng carraspeo como si tuviera flema. —No hay legionarios aquí.

—¡Estas equivocado! —gritó el joven. Señalo por encima de su hombro—. ¡Están allá abajo! Los vi.

—No nos está mintiendo.

Inmediatamente me di cuenta de que quien había hablado era Dallos. Me di la vuelta y lo encontré con su maldita baraja entre las manos y el rifle al hombro.

—Ocho de Martillos.

Levantó una gastada carta y nos la mostro a todos como si fuera una prueba de la verdad más absoluta. Me encolerizo su jueguecillo idiota, salve la distancia entre nosotros y con un salvaje revés lance las cartas de su baraja por los aires.

—¡No puedes saberlo! —gruñí, mientras luchaba contra el pánico—. ¡No puedes saberlo! —le repetí mientras un terror frio y denso me inundaba.

Dallos gimió e inmediatamente se agacho para recoger las cartas tiradas por el suelo de la cubierta. Parecía muy herido por mi acción. Mi cólera ceso y la culpa se apoderó de mí. La culpa y el miedo.

Dejadme que os cuente lo que sucedió en Nomeah. Voy a contaros la pequeña guerra de nuestra vida, el microcosmos de la mayor traición que todavía ahora se retuerce a través de las estrellas, la escritura misma de nuestra historia.

Se podría pensar que debido a quien éramos nosotros, el conflicto habría venido a sangre y truenos desde el principio. El hombre contra el hombre, vecinos luchando contra vecinos. Bueno, todo eso llego, pero el principio no fue así. El comienzo fue insidioso y por ello odio aun más a Horus. El no vino a nuestro mundo con naves y grandes armas, ni siquiera nos considero dignos de esas cosas. Nomeah y los mundos de Arkali, se encaminaron hacia la disolución y la ruina, por un puñado de pérfidos agentes de menos valor que un simple pelotón de fusileros. Quinta columnistas, intrusos y chivatos fueron los que nos hicieron volvernos contra nosotros mismos.

Fuimos unos idiotas y pusimos a su disposición un terreno bien abonado y fértil. Una red de viejos celos, líneas de desconfianza y odios maduras para su explotación. Dónde la luz del Emperador nos había unido, la sombra del Señor de la guerra nos dividió.

Lo más inteligente de ello fue la naturaleza perfecta, fractal, del engaño. Se movió arriba y abajo, utilizando las mismas herramientas para adornar odios ya arraigados entre mundos, naciones, ciudades. Hasta el final, cuando se convirtió en calle contra calle, casa contra casa, hermano contra hermano.

Sabíamos odiar muy bien en Nomeah y dirigidos por manos crueles e insensibles, el odio nos destrozó.

Pero no ocurrió todo a la vez. Fue sutil, cuidadoso.

Recuerdo con cegadora claridad el día que el veneno de las insidias apareció en mi pelotón. Tengan en cuenta que no éramos nada especial, solo una división de fusileros sin grandes laureles o banderas ostentosas que llevar ante nosotros. Sin un nombre impresionante o un sobrenombre inteligente. La identificación de nuestra división era un simple número, nada más. En el esquema de la Gran Cruzada del Emperador, éramos bastante normales. Pero eso no fue suficiente para protegernos.

Durante meses, casi un año solar, las cosas habían estado cambiando por órdenes venidas de lejos. Nuevas directivas llegaron a Nomeah y se presentaron las nuevas normas y reglamentos. A cada uno de nosotros se nos presentó como si fueran un regalo, no como una exigencia, pero cuando algunos se resistieron a aceptarlas, cayó el terciopelo para revelar el hierro de debajo. La negativa fue desalentada.

A soldados y a oficiales, simplemente se les dijo que habían cambiado, que este era el nuevo camino. Hubo quejas y burlas al respecto, los pensamientos contrarios se convirtieron en palabras de enojo, pero nada cambio, las ordenes estaban dadas. Nos fuimos dirigiendo hacia el borde del abismo, grado a grado, aunque el movimiento parecía insignificante, apenas se notaba.

La conservación del día festivo, fue cancelada. Se retiraron determinado tipo de armas. Se ajustaron los colores de los uniformes. Las libertades fueron reordenadas. Los reglamentos, alterados de forma sutil, con un propósito poco claro. Un pequeño cambio tras otro. Cada uno de peso e importancia, tanto que un hombre podía sentirse grosero por cuestionarles abiertamente. Pero, medidos en su conjunto… Imagine el vuelo del piloto de un velero-solar en los confines de las nubes. Se mueve por el soplo del viento hacia el norte, recto y centrado.

Pero la mano sobre el timón gira un grado en el rumbo. Las velas cambian de ángulo suavemente, primero una vez y luego otra. Si ningún hombre observa la trayectoria de los soles sobre el bauprés, con el tiempo el timón se encuentra dirigido hacia el sur, hacia las fauces de una tormenta que se aproxima. Y todo sin avisar y sin que se entere la tripulación dormida bajo cubierta.

Recuerdo el día en el que finalmente se pronunciaron las palabras en voz alta.

—Hoy afirmamos nuestra lealtad a su alteza el Señor de la Guerra Horus, en desafío a una Terra distante e indiferente. —Ellos nunca utilizaban las palabras Emperador o Imperio, porque hacerlo hubiera confundió a aquellos que trataban de asimilar sus actos de traición. Vi desplegar las nuevas banderas, el noble Aquila reemplazado por otro símbolo, un ojo hendido y sin pestañear.

Por supuesto que sabíamos que iba a pasar. En los barracones, después de apagar las luces, todos los hombres hablaban de ello. En esas conversaciones en voz baja, se habló de desafío, de desobedecer. Ahora, me pregunto dónde fueron esas palabras al llegar la fría luz del día.

Entonces llegó mi momento, tanto el de mayor valentía como el de mayor estupidez. Cuando se dijeron las palabras, hable claro, busque a través del pasillo la complicidad en las caras de mis compañeros, sabía que estaban de acuerdo conmigo, pero solo encontré silencio y miradas huidizas. Oscuras auras ardiendo en mi mirada.

Fue entonces cuando conocí la verdadera naturaleza de esta guerra y la de su alma.

Había mucho que hablar sobre lo que íbamos a hacer. Habíamos recorrido un largo camino, demasiado como para retroceder tímidamente hacia las cubiertas sanitarias y esperar un incierto destino. Sin embargo, no confundimos lo que hicimos con valor. Creo que todos nosotros estábamos más allá de esa clase de ideales. Supe que todos los adultos de esta nave compartíamos… cosas. No solo eran los secretos compartidos, también una experiencia compartida.

Ninguno de nosotros, se había librado del encuentro con los horrores. Algunos habían luchado, la mayoría había huido de ellos. Todos ellos sabían que, vinieran

de donde vinieran, las monstruosidades que Horus había soltado sobre la galaxia, eran algo totalmente diferente a cualquier cosa contra la que hubiéramos luchado anteriormente. En cierto modo, todos estábamos atrapados por nuestra propia naturaleza; la parte animal quería huir de ellos, mientras que nuestra odiosa parte humana, la racional, habría dado cualquier cosa por un arma lo suficientemente grande como para matar a esas horribles cosas.

Así que continuamos, Zartine siguió con nosotros, cerrando la marcha con Yao. Creo que es posible que el muchacho tenga algún tipo de regalo, un don. Él nos seguía hablando de una música, una que nadie más podía escuchar.

Finalmente llegamos al gran vestíbulo almenado del centro de mando de la nave. Breng manipuló cautelosamente los controles para abrir la escotilla. Por un momento nada sucedió, luego, en un abrir y cerrar de ojos, la gran puerta de acero se abrió de golpe.

Una sombra de duro y definido contorno, tan grande que llenaba la abierta escotilla, se alzaba en su interior. Si mi mente hubiera funcionado con mayor rapidez, habría salido corriendo. En cambio, agarre el rifle láser cuando la forma movió su enorme masa para pasar a través de un hueco construido para hombres de mi estatura.

Entonces le dio la luz y lo vaticinado por Zartine quedó demostrado.

Un solo guerrero de las Legiones Astartes, salió a nuestro encuentro. Pisadas de ceramita resonaron de tal manera contra el suelo de la cubierta, que el piso botaba bajo nuestros pies. El marine espacial era un gigante. Vi un amplio pectoral adornado por el Aquila Imperial; brazos gruesos como troncos de grandes árboles; un ceño fruncido, un casco picudo que se asemejaba a la calavera de una rapaz gigante. Los ojos de ese rostro brillaban en rojo, activados para el combate, detectando automáticamente ecos del Auspex y de los desplazamientos, La armadura del guerrero estaba extrañamente carente de cualquier tipo de iconografía, su color era de un tono similar al de la pizarra. Se movía con una fluidez más propia de un depredador que de un hijo de la humanidad.

A su espalda, enmarcando su casco, llevaba una capucha, construida para parecerse más a la arcada de una capilla devocional perdida hacía mucho tiempo, que a un

dispositivo de batalla. Era de hierro oscuro, de aspecto pesado, y salpicada de cristales que ardían con una luz azulada. Atrajo mi mirada igual que la gravedad tiraba de mí, vislumbre un aura hecha de unos colores que no existían en el mundo normal. Por mis pecados, que yo ya había visto antes esos tonos.

El guerrero iba armado con un gigantesco bólter, pero lo llevaba unido magnéticamente a una almohadilla en la pistolera de su muslo. En una de sus manos sostenía una tabla de datos que parecía hecha de plata pulida. Recuerdo que pensé que parecía una pose, un amaneramiento extraño. Con su mano libre, levantó la mano y se quitó el casco, los sellos de presión silbaron en el frio aire.

Un dios de la guerra volvió su vista hacia nosotros, su cuero cabelludo rapado, tatuajes de intrincada naturaleza adornaban su garganta y mejillas, las cicatrices lucían como rojos trofeos sobre su carne. Sus ojos, sus verdaderos ojos, me sorprendieron por su profundo color azabache. Vi algo en ellos, algo que había visto muchas veces en el espejo.

Nuestras armas apuntaban a su pecho. No nos pidió que las bajáramos, pero lanzo una mirada solemne a cada uno de los que tenía delante.

Los cañones de los rifles láser, bajaron inmediatamente sin mediar palabra.

Cuando su mirada me alcanzó, supe que me estaba midiendo con sentidos que solo podía adivinar. En secreto, siempre había pensado que yo era especial, mejor que el resto, gracias al poder de mis ojos. Yo creía que las cosas se me abrían de manera sutil, cosas que los hombres ordinarios no podían percibir, pero comprendí que lo yo alababa en mí, era apenas una fracción del poder al que ese gigante podía recurrir.

—Raufe Hecane —pronunció, con una voz grave y resonante—. Has recorrido un largo camino. Sabía mi nombre. Nos conocía a todos, a cada hombre de la nave, no tengo la menor duda de ello. Abrí la boca para hablar, pero entonces él alzo la cabeza y allí vi sellos marcados en su carne. Por un lado, un diseño similar a un escarabajo, por otro, una estrella circular rodeada de un halo de rayos.

La armadura gris no ocultó ante mí su verdadera naturaleza. El legionario que tenía delante era un miembro de los Mil Hijos, los hijos del rey brujo Magnus, eran vástagos de una legión traidora. La última vez que había visto a uno de su tipo, con

su equipo rojo como la locura, estaba al frente de un ejército de horrores arrasando mi mundo de origen.

Los soldados a los que yo había llamado camaradas, no siguieron la bandera de Horus por cobardía, eso se sabía. Los motivos fueron mucho más complejos. Todos buscaron pretextos que a ellos les parecieron razonables. Creo, que eso es lo que realmente paso. No hubo ningún control mental masivo, ninguna droga ni deformaciones mentales. Eso paso más tarde, con la llegada de los horrores.

Tuve tiempo para pensar en ello mientras estaba en el calabozo, encarcelado allí con otros que habían sido lo suficientemente tontos para estar de acuerdo conmigo o fueron demasiado francos como para cubrir sus dudas. Mirando hacia atrás, yo estaba furioso conmigo. ¿Cómo pude ser tan ingenuo como para pensar que podía fomentar la rebelión en ese momento? Nunca he sido un orador elocuente, uno que pudiera reunir a los hombres con un discurso conmovedor. Yo era un tonto que discrepó abiertamente y pagaría por ello.

Nos iban a ejecutar. Eso formaba parte de las nuevas órdenes, pero tuvieron dificultades para llevarlo a cabo. Creo que esa fue la parte final de cualquier tipo de voluntad de resistencia a la que se enfrentaron, marchitándose y muriendo a la sombra del Señor de la Guerra.

Al principio me sentí frustrado e impotente por mi ira. Los maldije cien veces a todos por su debilidad y trillada duplicidad, pero con el tiempo esa rabia se agotó y no pude hacer nada más que rumiar mi frustración. No asuma que vine para perdonar a mis antiguos compañeros de equipo, ni mucho menos, pero quise entenderlos.

El joven Teniente, el hijo de un gran General, que siempre fue un amigo para los oficiales de línea como yo, que nunca llevo sus galones con arrogancia y logro ser uno más, a pesar, de que no era como el resto de nosotros, dijo que se opondría y sin embargo, no lo hizo. De todos nosotros, él tuvo la mejor oportunidad para reunir a los hombres, pero se mantuvo en silencio. Después de todo, él tenía mucho que perder. Espero que ya haya caído.

El francotirador fanfarrón que siempre tenía respuesta para todo, seguro de sí mismo y apuesto, que nunca se inmutaba ante cualquier reto o sorpresa. Que se movía con tal absoluta confianza, que yo no podía creer que no se atrevería a cortar como el filo de una espada a través de un decreto draconiano. Pero cuando llegó la orden, se puso en pie dócilmente, convirtiéndose en un hombre diferente, más pequeño.

Y nuestra franca y jovial Sargento, que siempre rugía más fuerte de lo que jamás pude, su guerrera marcada por las cicatrices del número de veces que había perdido sus galones y los había vuelto a ganar. Su voz era la más fuerte y la más escuchada, pero en aquellos momentos, también quedo en silencio. Era madre adoptiva, con dos huérfanos de guerra a su cargo, creo que ese día, ella vio el rostro de los niños y pensó como sería la vida de ellos, si ella no estuviera.

No fue difícil que mis compañeros encontraran una razón para odiarme. Un accidente de nacimiento ya me lo había dado. Unos cuantos del pelotón, la sargento y el francotirador incluidos, sabían del don que poseía. En el combate, se llegan a aprender estas cosas de los hombres que luchan junto a uno, se quiera o no. Antes, me consideraban como una especie de amuleto de la suerte para ellos, algunos, incluso llegaron a venir a mí, reservados y silenciosos, para solicitarme una mirada a su aura. No podía negar el regalo que mi madre me dio, pero al menos lo intenté y eso fue suficiente. A cambio, ellos habían guardado mi secreto a las Naves Negras.

Ahora esa era una razón para rechazarme. Alguien susurró la palabra «brujo» y yo sabía que sería ejecutado el primero. Toda mi vida había vivido con el miedo a que las Hermanas del silencio vinieran a llevarse lejos mi espíritu, pero ahora notaba que la muerte sería el resultado más probable.

Esa noche, escape de la empalizada junto a otras seis personas, y nos encontramos con la resistencia uno o dos días más tarde.

—Quieres matarme —dijo. No había ningún juicio en las palabras.

—Sí —no, no podría, era mentira, aunque quisiera, no podría—. Tu gente llevó los horrores a mi mundo. Has destruido todo lo…

De pronto me sentí sin fuerzas, apreté el rifle láser contra mi pecho. Una ebullición de odio se levantó a través de mí y me hizo sentirme extrañamente libre.

El guerrero sonrió levemente.

—Yo no, Ruafe Hecane. Los que hicieron esas cosas ya no son mis Hermanos, son perjuros — miró a Breng—. Usted. Usted sabe de tecnología naval ¿sí? Se necesitan sus habilidades. —Se dirigió de nuevo al centro de mando y nosotros lo seguimos.

Había muertos por todas partes, asfixiados por la descompresión. Vi que un ojo de buey estaba arrancado, pero ahora estaba asegurado por un obturador. Al parecer, demasiado lento para salvar a la tripulación del puente.

Por las ventanas se veían estrellas alienígenas y una negrura infinita. Las cartas de Dallos habían dicho la verdad después de todo, nuestra nave estaba sola.

El legionario puso a Breng a trabajar en los controles de la nave.

—Su nave sufrió daños durante el tránsito desde la disformidad. El resto del convoy siguió normalmente su viaje. Fui llamado para que completaran el resto de su viaje. —De nuevo una sonrisa.

»Esta nave lleva una carga muy valiosa. Estoy seguro que nadie a bordo, sabe realmente, lo importantes que son.

—Solo somos soldados —dijo Yao—. Soldados y niños. Alimento para la guerra y muchachos para ser seleccionados.

Una sombra pasó por el rostro del miembro de los Mil Hijos.

—Nunca digas eso. Todos lo que luchan en nombre del Emperador tienen un gran valor. Lo miré.

—Los hijos de Magnus marchan junto a Horus. Lo vi. Vi a los demonios y a los monstruos que sus hermanos conjuraron, los…

—¿Demonios? —la pronunciación de esa palabra pareció agotar al instante todo el calor de la cámara—. Sí, claro, usted vio aquellas cosas. Todos ustedes las han visto —sacudió la cabeza con pesar—. ¿Aún no lo entiende, soldado? Usted ve patrones. ¿No puede ver este? —señaló con su plateada tabla de datos a todos nosotros—. En cada uno de ustedes hay el comienzo de algo grande. Usted puede llamarlo una visión, o un regalo, incluso una maldición. —Se adelantó y hábilmente arrebato a Dallos su baraja de entre sus temblorosas manos—. Usted conoce el toque de la disformidad. Eso le hace valioso —miró a Zartine—. Y usted lo mismo y tiene otro atributo.

—Todos los hemos visto —dijo Yao—. Los horrores…

—Todos los heridos de esta nave los han visto. ¿Por qué si no tienen miedo a dormir? Sin embargo, ese terror puede apoderarse de ti, con el tiempo.

Breng se puso de pie, asintiendo frente a los controles de la nave para mostrar que había hecho todo lo que podía.

—En marcha.

—Los navegantes aún viven, dentro del aislamiento de su cámara acorazada —el legionario señaló hacia la proa de la nave—. Vamos a establecer un rumbo. El Regente de Terra, el Señor Malcador, necesita a las personas de esta nave. Algo grande se está preparando y todos ustedes serán parte de su diseño. Vosotros… y los niños que esperan abajo.

—¿Cómo? —le pregunté, aunque la presión de la respuesta se iba formando en mi imaginación

—¿Qué tienen de bueno para el Sigilita los soldados rotos y los huérfanos de guerra?

—Sus heridas serán curadas. Aquellos lo suficientemente aptos, lo suficientemente jóvenes para soportar la gloria, pueden aspirar a que sus cuerpos sean rehechos, como una vez, yo mismo hice — se tocó el pecho—. Tú… puedes renacer con un nuevo propósito.

—Pero ¿por qué nosotros? —pregunto Dallos, mientras sus manos tejían en el aire.
—¿Sabes por qué? —dijo el legionario, volviendo su mirada hacia mí.

No sé si las palabras que salieron de mis labios, estaban en algún lugar de mis propios pensamientos, o si el miembro de los Mil Hijos me hizo hablar en su nombre, pero eran una verdad innegable.

—Horus ha traído un nuevo tipo de guerra a la galaxia. Bólters y rifles láser no serán suficientes para acabar con ella. Se necesita un tipo de arma diferente.

—Si —dijo la gran figura, asintiendo con gravedad—. Y aquellos que no se pierdan en el templado, serán esas armas. Ustedes y cientos de otros, niños perdidos, hombres comunes y legionarios por igual, todos reunidos en silencio y secretamente en naves como esta. Cada alma de esta sala, a bordo de esta nave, ha sido declarada muerta. Las vidas que vivisteis antes de esto, son como el polvo. Malcador así lo ha ordenado. Y así será.

Zartine estaba pálido. —¿Do… dónde vamos?

El legionario avanzó hasta los controles de navegación y puso sus grandes manos sobre ellos. —Una luna orbitando un mundo anillado, a la luz del mismísimo Gran Sol. Un lugar llamado

Titán.

FIN DEL RELATO